

Autora: Lic. y Prof. Esp. CRISTINA PAOLUCCI (FSOC/UBA-FLACSO).

Institución: Escuela Media Normal Tomás Godoy Cruz 9-002, provincia de Mendoza.

Correo Electrónico: zambayacuarela04@yahoo.com.ar 261 336-9684.

Gonzalo: la secundaria entre la virtualidad y la presencialidad en tiempos de pandemia.

INTRODUCCIÓN

La ponencia abordará el estudio de caso de un estudiante ingresante de 1° año de la escuela secundaria, con déficit atencional y dificultades académicas, en el año 2020 con sus avatares y desafíos educativos y emocionales. El estudio continúa dos años después en la misma institución y con la misma docente, ya en 3° año y con presencialidad plena.

Nos proponemos describir la densidad de las situaciones educativas y las emociones en pandemia, vividas por la docente y el estudiante junto al equipo de gabinete de la escuela y las rupturas y continuidades vivenciadas por el joven dos años después, con un regreso a la presencialidad plena.

El caso se sitúa en la provincia de Mendoza en los años 2020 y 2022.

PRIMERA PARTE: La Secundaria en tiempos pandémicos. Gonzalo 2020.

A Gonzalo¹ lo conocí una mañana de febrero, hacía calor y su frente transpiraba las gotas que caían sobre las hojas de su carpeta. Tenía la mirada nerviosa del primer día de clases sobre aquel cuerpo sentado, con la espalda un poco encorvada, mirándome... el aula estaba a medio llenar. Miradas esquivas, mochilas cargadas, silencios y gritos alternados. ¿Qué habrá pensado? ¿Qué habrá sentido? ¿Qué percepciones se estaría llevando de la escuela secundaria en aquellos primeros flashes?

Gonzalo tiene 13 años y realizó su trayectoria en la escuela primaria con una profesora asistente, una “maestra de apoyo” con quien trabajaba todos los días, imagino yo,

¹ Gonzalo es un nombre ficticio utilizado con el fin de resguardar la identidad del joven.

rodeado de algunas certezas tales como: conocer el edificio escolar, jugar con sus compañerxs conocidos desde su ingreso escolar y toda la ronda de maestras y maestros que lo acompañarían durante siete largos años de la primaria.

Cuando llegó a la secundaria, su maestra de apoyo no lo acompañaría más, tampoco sus compañerxs, ni ese edificio conocido, ni esas certezas que nos dan la cotidianeidad y la rutina... era él frente a la nueva experiencia de habitar ese territorio desconocido y obligado.

La escuela *Normal Tomás Godoy Cruz* tiene 145 años de antigüedad, fue una de las escuelas normales creadas por Sarmiento. Funciona en un edificio antiguo y enorme, tiene tres pisos que se comunican por dos escaleras largas y un ascensor cuyo uso se desaconseja por los problemas de mantenimiento. Es inevitable escuchar, como una letanía, la queja de todxs lxs directivxs que a lo largo de los años protestan porque es carísimo tener en condiciones el ascensor para poder utilizarlo. No voy a hablar aquí de la cooperadora y los esfuerzos que hace la comunidad educativa por “la escuela”, pero no descarto que conocerán el tema. El patio es minúsculo y el buffet se encuentra en la planta baja. A esta institución acuden 1.205 estudiantes en dos turnos. Imagínense que escenario estaba habitando Juan esas semanas.

Luego de las presentaciones del caso (“*Soy Cristina la profesora de Historia, estos son los horarios, y estos son los útiles y cuadernillo que necesitarán para trabajar durante todo el año, etc*”) Gonzalo empezó a escribir con su letra grande la fecha del día y el título del pizarrón.

Hasta ese momento yo no sabía nada de él ni él de mí. Fue en otra mañana calurosa que su mano se levantó y me llamó: “seño” y nos reímos todxs. Es muy frecuente que los primeros seis meses del cursado de primer año de la secundaria lxs chicxs nos llamen “seño”. Y sí, son diez años de entender e identificar que lxs docentes que estamos en el aula somos “las seños”. También en más de una ocasión nos dicen “ma”, sin poder evitar ponerse colorados cuando se descubren diciendo lo que dijeron.

Me llamó y con una voz muy tímida y sin mirarme a los ojos me preguntó qué tenía que hacer, porque no había entendido. ¿Cómo te llamas? “Perez, me contestó”, tu nombre ¿cuál es? Gonzalo. Siempre me gustó saber el nombre de mis estudiantes y hago mucho esfuerzo por recordarlos para poder identificarlos, me gusta que sepan que sabemos quiénes son... al menos eso trato, de dar cercanía desde el nombre. Me di cuenta que

Gonzalo tenía una letra cursiva muy prolija, su carpeta estaba perfectamente ordenada, los títulos subrayados, el nombre de la materia y el curso en cada una de sus hojas.

Estábamos trabajando con cronología de hechos históricos. Como ejemplo les había puesto una línea del tiempo con algunos hechos históricos de mi propia vida (cuando inicié la primaria, cuando nació mi hermano menor, cuando empecé la secundaria, etc). Escribía en el pizarrón con tizas de distintos colores y ubicaba los hechos históricos mientras los estudiantes participaban pensando cual iba antes y cual después.

“Gonzalo, tenés que pensar en 5 hechos históricos de tu vida, hechos importantes y ordenarlos cronológicamente en una línea del tiempo, o sea ordenar desde el primero que ocurrió hasta el último que ocurrió, pensá en qué año ocurrieron esos hechos y los vas a poder ordenar. ¿Cuándo empezaste la primaria?” Me miró por primera vez a los ojos e hizo un silencio largo. Mirá, a este año actual, restale 7², así vas a saber cuándo empezaste primer grado. Él seguía viviendo en su silencio y otra vez volvió a mirarme. “Ah, bueno, gracias profesora”, me respondió. Me fui a ver a otros estudiantes que me llamaban. Volví a mirarlo. Apretaba su lápiz y miraba la hoja. El papel seguía en blanco. Me di cuenta que Gonzalo no me había entendido... me acerqué y me senté con él, agarramos el lápiz y dibujamos una línea de tiempo. *“¿Te acordás lo que hice en el pizarrón, que escribí algunos hechos importantes de mi vida? ¿Te acordás que los fui ubicando en la línea del tiempo? Si, respondió. Vamos a hacer lo mismo. ¿En qué año naciste? En 2007. Muy bien, vamos a escribir ese año en la línea del tiempo, colocalo”*. Escribía nervioso pero estaba muy atento a todas las explicaciones. De a poco, fue pudiendo con esa tarea que pasó a ser de incomprensible a resoluble. Estaba venciendo a esa imposibilidad... con una mediación. Esa fue la clave. Él funcionaba bien dentro de ese dispositivo: yo sentada a su lado trabajando.

Algunas semanas, después de hablar con la preceptora y el Servicio de Orientación Escolar (Gabinete) me llegó la información (¿tarde?) de la necesidad de adaptación curricular del estudiante. Ahí me enteré de su trayectoria en la primaria, es decir, de la modalidad con la que la vivenció. Ahí entendí yo. Siempre es así, una a veces entiende, a veces explica, a veces no entiende y otras, escucha. Las voces de la escuela.

Gonzalo había transitado toda su escuela primaria con una docente de apoyo que estaba dentro de aula y se sentaba junto a él, funcionando como mediadora, generando las

² En Mendoza la escuela primaria tiene una duración de 7 años, de 1° a 7° grado.

adaptaciones curriculares necesarias. Ese era el dispositivo con el que había transitado su educación primaria. Conocía las aristas, sabía de su funcionamiento. Ahí entendí yo que él necesitaba tiempos y espacios conocidos y determinados acompañamientos para poder habitar la escuela secundaria. Delante de mí tenía el desafío: generar condiciones posibles para pudiera “estar” en las clases de Historia. Y aquí otra vez el gato y el ratón de Anthony Guiddens (2011) de la agencia y la estructura. Dentro de la estructura escolar poder generar condiciones de habitabilidad, echar mano a la flexibilidad de los agentes que la construimos para crear espacios de supervivencia, ecosistemas amigables.

El 16 de marzo de 2020 pisó Mendoza con la fuerza arrolladora que tendría la pandemia. De un día para el otro, luego de tres escasas semanas, la forma conocida de clases se suspendía hasta vaya a saber cuándo. Adiós certezas, adiós formatos conocidos. Fue un adiós intempestivo, violento, como los avatares de la vida misma. No hubo avisos, ni preparaciones.

No volví a ver a Gonzalo, pero sí lo volví a leer con mucha alegría. Pero para eso, pasó un tiempo. Hubo que armar una balsa en medio de la tempestad y construir pequeñas certezas que permitieran el desarrollo de una vida primitiva: comer, dormir, refugiarse en una “cueva”. Ah, y dar clases, asegurarle a lxs chicxs su derecho a recibir educación.

Lxs docentes de secundaria que trabajamos en primer año sabemos lo fundamental que es ese año en la vida académica de lxs jóvenes. Es crucial generar escenarios transitables, acompañar en ese camino, mediar en las dificultades para evitar la deserción. Sumado a esa realidad es inescindible la adolescencia como proceso biológico y social: los cambios hormonales, esos cuerpos que siguen creciendo y tomando nuevas formas, esos intereses personales que van a diversificarse... ahí estamos lxs adultxs docentes haciendo pie o tratando de hacerlo en un suelo fangoso, pegajoso, difícil, intransitable por momentos, tenso, pero también alegre y recordable. La escuela secundaria es un territorio que por lo menos yo y varixs colegas no queremos que sea hostil para lxs jóvenes.

¿Cómo crear un ecosistema amigable con Gonzalo en medio de esta pandemia? Si bien esta misma pregunta fue formulada por miles de docentes en todo el mundo –casi- al mismo tiempo, para todos los grupos de estudiantes en distintos contextos, una de mis preocupaciones para construir (y tratar de resolver ¿?) fue Gonzalo.

El trabajo en equipo entre la preceptora, la coordinadora pedagógica, la familia, el estudiante y mío fue fundamental. Me encontré frente al desafío de ir probando a distancia qué, de qué manera, cómo caminar con él.

Fui probando. Seleccioné los contenidos de aprendizaje prioritario del Programa de Historia de 1° año. Busqué manuales de primaria de Ciencias Sociales, leí notas en diferentes portales de educación, miré videos de los contenidos... pensaba que hacer. Para mí fue un desafío importante, algo que nunca había vivido. Pensar en una adaptación curricular sin la presencialidad, sin el lazo social cara a cara me daba vértigo. Lo cierto es que había una situación conocida por mí (la adaptación curricular) pero en un contexto inesperado y nuevo. Un poco como dice la canción... “se hace camino al andar...” “¿Se hace camino al andar?” Pensaba en eso mientras tomaba el desafío con mis manos y mi cabeza.

Un eje primordial fue la pronta vinculación con la Coordinadora pedagógica del ciclo básico (1° y 2° año de la Secundaria). Ella –vía correo electrónico- me acercó data sobre la situación académica del estudiante y a partir de ahí pude conocerlo más. Leí algunos datos en un brevísimo informe socio-afectivo del estudiante que había elaborado la escuela primaria. El diagnóstico era: “*déficit atencional*” y estaba bajo tratamiento farmacológico y psicológico, mostrando buenos resultados en el cursado de su 7° grado. Allí confirmaban el cursado de su trayectoria escolar con una maestra integradora. También confirmaban una red socio-familiar de apoyo. Allí, ví una potencialidad importante. Yo como docente, necesitaba de esa red. El contexto en el que Gonzalo iba a cursar su primer año sería su propio hogar, habitado por ese tejido de contención y de apoyo que constituía su familia.

Empecé a confeccionar actividades. La premisa era generar algo sencillo pero concreto, simple, que no requiriera lecturas extensas o largos desarrollos. Prioricé la utilización de textos cortos, de imágenes, dibujos y algunos videos. Traté de diversificar las fuentes de información: lectura y audio visuales. Intuí que si Gonzalo tenía *déficit atencional*, era más probable que se aburriera en una lectura típica, por eso pensé en videos.

Mientras revisaba las distintas fuentes para el tema Feudalismo, se me ocurrió buscar un cuento, uno que alguna vez había utilizado. Los cuentos tienen esa magia de trasladarnos a lugares buscando imágenes propias dentro de nuestras cabezas... tenemos que usar la imaginación para darle forma a los relatos. El cuento como un recurso que diseñe algunas escenas de la Historia Feudal. Me sumergí en ese mundo de personajes, de descripciones y me pareció interesante... De pronto recordé mi propia historia escolar, recordé a mi maestra de 3° grado leyéndonos cuentos en el aula. Recordé la atención, el suspenso en cada respiración antes de continuar, el silencio y la ansiedad compitiendo entre sí. Me acordé de mi misma con el guardapolvo blanco sentada en el banco de aula. La escuela también había sido para mí un lugar de contención, de emoción y aprendizajes. Le agradecí secretamente a Gonzalo haberme llevado hasta ese recuerdo tan escondido. Porque es un poco eso la Educación, el reflejo con la otra, con el otro, el registro de tiempos y espacios, de sentimientos.

Todo el material elaborado era dialogado y trabajado con la Coordinadora. Yo presentaba la idea general, tentativas de opciones de actividades y juntas íbamos decidiendo –vía mail- como mejorar la performance que le sería entregada al joven en formato de “Tareas del mes de...”

Otro rol fundamental lo ejerció la preceptora. Ella era el nexo directo con el estudiante y su núcleo familiar. A través de ella le llegaban las tareas al estudiante y a través de ella las devolvía una vez resueltas. También era ella quien acercaba las poquitas consultas que presentaba el estudiante con alguna que otra actividad. Íbamos tomando la temperatura juntas, yo le contaba que estaba haciendo y ella me contaba las novedades.

De pronto me sentía tejiendo un telar con distintas lanas: la coordinadora pedagógica, la preceptora, la familia de Gonzalo, el estudiante y yo. Un poco ese recorte era una muestra fidedigna de la participación y reciprocidad necesaria dentro del sistema educativo. Los distintos agentes participando del hecho educativo concreto. El territorio escolar por fuera de sus geografías habituales, una suerte de existencia extra muros. Estábamos gestionando otras formas de hacer escuela. Recordé algunas Lecturas de Silvia Duschatzky:

“El mundo se vuelve interesante cuando se hace signo, abriéndose en su complejidad y perdiendo su unidad tranquilizadora” (Duschatzky 2017).

Nosotrxs definitivamente habíamos/hemos perdido la unidad tranquilizadora. Frente a todxs nosotrxs se estaba/está abriendo una complejidad nueva, absolutamente original y extraordinaria. Requirió –y aún lo sigue exigiendo- la necesidad de desplazamientos de lo conocido hacia afuera, hacia otros lugares inadvertidos: la virtualidad como canal casi exclusivo, el desafío de construirnos en nuevos territorios. Probarnos en nuevos contextos. Hacer que la escuela siga siendo escuela. También recordé a Elina Aguirre (2016) con su “*escuela de humo*”, esa escuela que puede viajar a distintos lugares y perderse y encontrarse con y sin miedos y seguir siendo escuela. Estábamos en eso.

Las devoluciones de las tareas eran momentos muy esperados por mí, pues, allí tenía el insumo de las preguntas didácticas que me repetía cada quince días: ¿Estará bien, se entenderá? ¿Soy clara en las consignas? ¿Serán adecuadas? ¿Me habré excedido? ¿Podrá Gonzalo con esto? Había toda una parte que quedaba por fuera de mi alcance que era justamente eso, la imposibilidad de estar con él mientras resolvía. Me apoyé en la potencialidad de su núcleo familiar, de algún xadre, hermanx, que auspiciara de facilitador/a. Y evidentemente alguien hubo, porque las tareas volvían resueltas satisfactoriamente. Eso para mí era una victoria. Era una victoria para todo el equipo. Festejábamos cada 15 o 21 días. Correos, whatsapp, llamadas telefónicas entre nosotras y mensajes de felicitación para Gonzalo. Sí, era pura algarabía cuando comprobábamos que estaba funcionando. Era agarrarse de una pequeña, tal vez mínima certeza: algo estaba funcionando. Estábamos pudiendo hacer escuela.

SEGUNDA PARTE: EL REGRESO A LA PRESENCIALIDAD 2022

Por uno de esos giros del destino, arranqué el ciclo lectivo 2022 teniendo tercer año de Historia en la misma escuela. Sorpresa grande tuve cuando vi en el listado de estudiantes, el nombre de Gonzalo. Lo busqué con la mirada dentro del aula pero no lo reconocí. Estaba más grande sentado en el primer banco. Me alegró mucho verlo, porque pensé varias veces en él y en su tránsito por la escuela. Si había llegado a tercero, era, porque evidentemente, había podido sortear las dificultades propias del camino.

Me presenté con el curso y luego me acerqué a él para preguntarle como estaba. Me contesto muy escuetamente.

A medida que transcurría el mes de marzo observaba que Gonzalo resolvía las actividades con una muy leve mediación de mi parte. Había ganado autonomía, las adaptaciones curriculares eran escasas. Algunas veces me sentaba a su lado para verlo trabajar o acercar alguna indicación mínima.

A medida que los meses fueron pasando y la densidad de los contenidos se fue acentuando, noté que el joven demandaba más atenciones. Entonces volví a pensar en textos más cortos, en algunas imágenes.

No le gustaba hablar delante de sus compañerxs y detestaba las lecciones orales. Se sentía más tranquilo y seguro con la expresión escrita. Así que trabajé con él privilegiando esa modalidad. Pero se agotaban rápido los recursos del texto y las preguntas (hasta yo me aburría de esa clase). Intenté ponerlo a trabajar en grupo y con mucha firmeza, me dijo que no. En una oportunidad vino al escritorio y me dijo que no iba a trabajar en grupo, que él quería “estar solo”. Algo de esa frase me hizo ruido.

Empecé a notar que Gonzalo siempre se sentaba solo, que no quería trabajar con nadie y que fuera del tiempo de clases, no hablaba con ningún compañerx. La experiencia del trabajo colectivo con el gabinete y la preceptora volvió a activarse. La psicopedagoga me comentó que “la retracción, el deseo de estar solo” era un efecto de la pandemia. Efectos/consecuencias de la pandemia... varias conversaciones en torno a ese punto.

Averiguamos que si bien el 2020 había sido de pura virtualidad, el ciclo lectivo 2021 para este joven, fue cursado también en forma virtual a pedido de su familia. Dos años fuera de las aulas. Dos años adentro de su casa. Empezamos a entender un poco más a Gonzalo. Le costaba mucho entablar lazos sociales con sus pares en la escuela. La soledad de ese estudiante en el aula era abrumadora. Entonces, no era solo lo académico -sino- el desafío de trabajar con algún tipo de integración/inclusión en el grupo. Por que la escuela también es eso, el mundo académico y mundo social.

Cuando el frío empezó a apretar en la provincia, casi no salíamos del aula en los recreos. Observé que a Gonzalo le gustaba mucho jugar juegos en el celular y dibujar. Charlando con el joven, me cuenta que en sus ratos libres dibuja en su casa y cuando

puede en una Tablet. Le pregunté si le gustaban las historietas, los comics y me dijo que sí. Empecé a pensar estrategias vinculadas a las imágenes, los dibujos y la historia. Empecé a trabajar con pinturas. Gonzalo podía describirlas y levemente se fue animando a contextualizarlas, a poder hablar un poco sobre lo que veía. Hablar. Hablar con otros, en este caso, conmigo.

Más adelante le propuse trabajar con viñetas, con una especie de periodización temporal con dibujos, y la experiencia fue muy buena. Algo del arte propio podía ponerse en juego en las clases de Historia. Quería de alguna manera colaborar en algún tipo de expresión más singular, más personal del joven. Incluso muy de a poco se animó a dejar ver sus dibujos a algunas de sus compañeras. Las interacciones eran pequeñas pero interesantes. Paulatinamente, “algo comenzaba a moverse”. Continuamos utilizando imágenes de internet y las que dibujaba él.

Creo que un poco el desafío de los docentes fue poder volver a encontrarnos en el aula, en esa escuela intramuros, volver a estar, compartir, interactuar con otros. Confiar en la presencia. Volver a trabajar la socialización secundaria, un concepto tan sociológico como real. De alguna manera, a veces más tenues, a veces con más ímpetu, los lazos sociales en la escuela permanecían, se reconstruían.

Lamentablemente, por cuestiones administrativas, en Julio del 2022, tuve que renunciar a ese curso porque los acrecentamientos internos (siempre tan postergados en el ámbito docente) se dieron justo en esa época, luego de 11 años, en Mendoza. Tuve que despedirme nuevamente. Siempre con interrogantes, siempre con mis preguntas sobre la propia práctica docente.

A modo de cierre

La pandemia nos puso de golpe y de cara a nuevas maneras de gestionar “la escuela”, a nuevos modos de “poder ser/estar/construir la educación”. Es cierto que no hemos tenido preparación, ni siquiera una mínima proyección mental y práctica sobre como podría ser una secundaria virtual al 100%. Pero aún en este escenario tan adverso, hemos podido hacer algo. Muchas veces hasta de un modo intuitivo, sensorial, apelando

a conocimientos que no sabíamos que teníamos, a fuerzas que estaban ahí sin desarrollarse/materializarse.

Ha sido un trabajo muy duro, muy nuevo para nosotrxs, los xadres y lxs estudiantes. Esto fue lo que nos pasó y en estas condiciones tuvimos que aprender a estar. No es poco. Además, animarse a pensar-reflexionar en medio de esta hecatombe fue importante para poder poner racionalidad (un poco al menos) ante la novedad.

Gonzalo representa una muestra, un recorte de esta escuela que se construye en territorios virtuales: también es la muestra del lazo social-educativo que sigue estando allí bajo nuevos ropajes. Incluso frente a la regreso de la presencialidad total, pensar y repensar nuestras prácticas docentes frente a las necesidades de nuestrxs estudiantes es un desafío constante y renovado.

Bibliografía

- ◆ Cambiasso, Mariela (2011). La teoría de la estructuración de Anthony Giddens: un ensayo crítico. VI Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- ◆ Castillo, S. (2016). Silvia Dustchatzky y Elina Aguirre. Des-armando escuelas. *Educación, Lenguaje y Sociedad*, 11(11). Recuperado de <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/els/article/view/1502>
- ◆ Dustchatzky, Silvia. Escuelas en escena. Capítulo III. *Ed. Paidós, 2017, Buenos Aires*.
- ◆ Dustchatzky, Silvia. *Política de la escucha en la escuela*. Ed. Paidós, 2017, Buenos Aires.